

Inspectores Robinsones, Directores Robinsones, Profesores Robinsones,...

Manuel López Navarro
Inspector de Educación

El título hace referencia al personaje creado por Daniel Defoe, un náufrago en una isla desierta, aislado del contacto humano, preocupándose por las cosas esenciales: conseguir agua potable, alimento y refugio para pasar la noche o guarecerse de la lluvia. Robinsón Crusoe estaba aislado a su pesar, a consecuencia del naufragio, y sufría un aislamiento físico, producto de la distancia. ¿Puede, tal vez, existir una figura semejante, con un aislamiento selectivo y voluntario, en este caso dedicado al plano laboral o profesional? Es en este sentido en el que me refiero a “robinsones” en el título del artículo: profesionales de la educación que se apartan, se marginan o se aíslan, atendiendo sólo a lo esencial, reducidos a una sombra de lo que fueron o de lo que podían ser.

Por supuesto, existen robinsones en otros estamentos fuera de la administración educativa, pero aquí nos interesaremos por los que se producen en el sistema educativo. Posiblemente el lector conozca algún profesor o profesora, de reconocida capacidad, absorto ahora en lo que esencialmente no lo comprometa: cumplir el programa con sus alumnos, entregar en fecha los “papeles” que se le piden y evitar encontronazos con los padres y madres de sus alumnos. De la misma forma, con algo más de observación, encontraríamos directores o directoras refugiados en su despacho, desviando culpas a la “administración”, encallados en estructuras de antigüedad, pero cuidadosos y experimentados para evitar polvorines sociales en sus centros, y listos para cumplir las tareas impuestas por la Administración. Algo más difícil para el observador sería descubrir a un inspector robinson, externamente cumplidor de sus funciones, al día en tareas y actuaciones, pero poco dispuesto a involucrarse en innovaciones o complejidades que desborden su horario funcional. Todos los casos antes descritos son los que denomino robinsones.

La primera tentación es asimilar a los robinsones con “quemados”, y no es lo mismo, porque un robinson es un “apagado” a voluntad, al que le quedan buenas raciones de energía, alguien que puede volver a iluminar si se dieran otras circunstancias. El “quemado” es ya irrecuperable, no sólo por escasez de energía, también y principalmente porque el resentimiento que alberga le incapacita. Por el contrario, el robinson es lúcido e inquieto y son estas características, al actuar en un medio lento, poco razonable e ineficiente, como es el régimen funcional de la administración educativa, las que pueden llevar a la decisión de aislamiento profesional.

El riesgo de llegar a ser robinsones está presente para todos, pero son los más lúcidos los que entienden, al entrar en contacto con la maquinaria administrativa educativa y escolar, que las cosas pueden hacerse de otra forma, más eficaz, y su inquietud los lleva a iniciar cambios, aportar innovaciones, involucrándose en las mejoras. Ocurre que los criterios nada meritorios con los que funciona el sistema, las incongruencias de la organización y el torpedeo de los menos capaces, malogran las buenas iniciativas. Y cuando el inquieto y participativo comprende, determinado número de veces, que sus aportaciones caen en el vacío, que el reconocimiento y el progreso profesional está ligado a otras cuestiones, políticas, de marketing, de conveniencias, su lucidez le hace pasar a un estado de conservación de la energía, se convierte en robinson.

Pero en este artículo querría ser positivo, decir que hay esperanzas, que algunas cosas se mueven en el buen sentido, que algunas propuestas y demandas de los lúcidos e inquietos se están plasmando en realidades. Así, aunque fuera impensable hace algunos años, para el 2009 cobraremos pagas extras íntegras; los directores han visto incrementadas su competencias disciplinarias, su reducción lectiva y sus complementos específicos; se están ampliando las plantillas de inspectores en los Servicios Provinciales; se ha articulado un programa de reconocimiento de las actuaciones de calidad y mejora de los rendimientos escolares; se ha establecido la figura de “atentado a autoridad pública” para los casos de agresiones a funcionarios docentes; y existen licencias por estudios, permisos ampliados, más normas sobre igualdad y solidaridad,...

Cierto que el lúcido sabe que los recursos gastados en centros TIC podrían rendir mucho más de otra forma, que los centros de enclaves alejados de las capitales están perjudicados por la inestabilidad de su plantilla, que un comedor de gestión propia, con más de 100 comensales, no puede mantenerse con una sola persona de plantilla, que algunos colegios no tienen conserje y el equipo directivo debe actuar de portero, que la actual selección de directores es un sistema viciado, que la Inspección no tiene medios adecuados a la altura de sus funciones,... Pero, ¡alto!. Antes de engrosar la lista de robinsones, seamos positivos, creamos que las cosas se van arreglando y que, si nos inhibimos, aún se retrasaría más la llegada de las mejoras.

Cádiz, enero de 2009